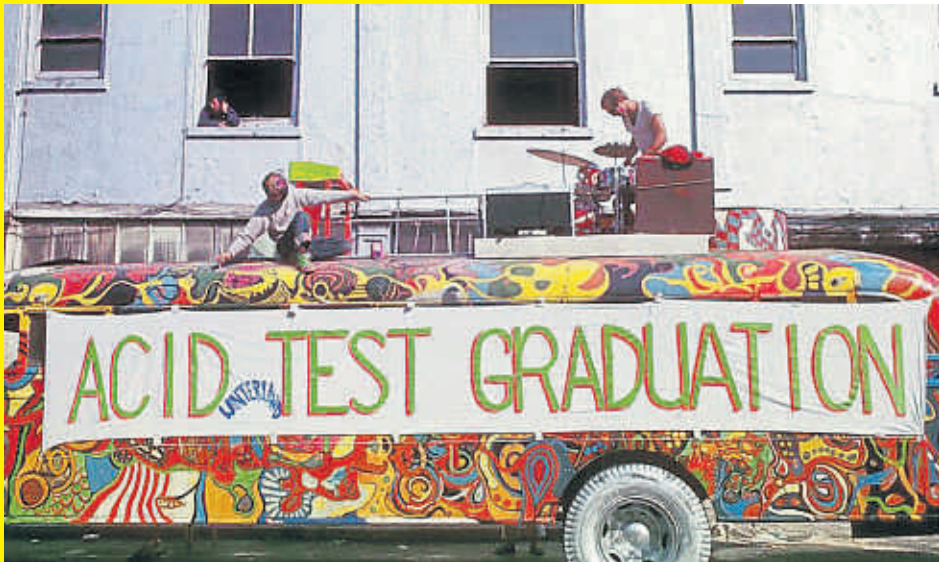


la droga-arma



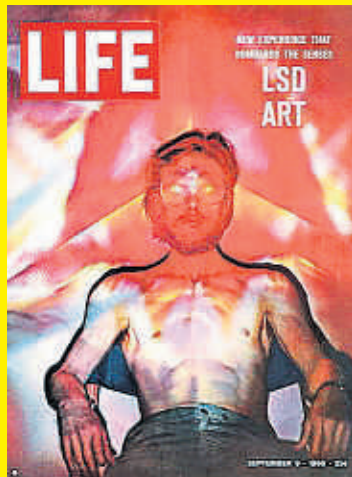
K.A.

La teoría de que existe una conspiración para endrogar a la población con fines políticos es más vieja que mi Samsung. En verdad se trata de un juego a lo “el mundo al revés quien lo dice lo es” que han usado siempre los perlas de un bando para desacreditar al enemigo, y viceversa. Según Juan Carlos Usó, autor de *¿Nos matan con heroína? Sobre la intoxicación farmacológica como arma de estado* (Libros Crudos), la primera nación acusada de ello fue Inglaterra, cuando las guerras del Opio del XIX, por los chinos (que también traficaban). Ya en la guerra fría los medios de masas americanos culpaban al comunismo y al maoísmo del narcotráfico, una acusación de la que se hacían eco los periódicos de la carcunda española como *ABC*, que hablaba de “opio rojo”, y *Arriba*, que tildaría al padrecito Mao de “perfecto rey del opio”.

El cambio de sesgo ideológico llegaría en los años sesenta, cuando la contracultura y el movimiento sesentayochista redirigirían la culpa hacia los *powers that be*. Es una *masclatà* libertaria de denuncias que da inicio con panfletos libelosos como *Capitalism plus dope equals genocide* (1970) de Michael Cetewayo Tabor y *La droga, potencia mundial: el negocio con el vicio* (1981) de Hans-Georg Behr, entre otros. El gobierno norteamericano empieza a revelarse como el Fu Manchú de una trama maquiavélica para acabar con la agitación revolucionaria de melencidos, negros y rojos. La revista *Ramparts*, en un reportaje de 1971, señalaba a la CIA como facilitado-

ra de ese meneo de heroína, y sólo un año después, la revista *Triunfo* reproduciría sus puntos de vista para el público español.

La verdad está envuelta en penumbra, claro, pero Usó tiende a pensar que la CIA utilizó fondos del narcotráfico para guerrear contra el comunismo, sí, pero que dicha táctica obedecía a “fines geopolíticos”, no “biopolíticos” (es decir: intoxicación sistemática



de jipis y ácratas). Asimismo, en mi opinión, la existencia de CointelPRO (programa de contrainteligencia creado para desbaratar organizaciones disidentes dentro de los Estados Unidos) y más particularmente del programa secreto de control mental MK Ultra, que experimentó con sustancias alteradoras de la percepción (como arma de estado), hacen que uno casi se sienta obligado a creer que, si el gobierno de EE.UU. no promovió un genocidio toxicológico centralizado y sistemático (como afirma Usó), fue únicamente por la dificultad logística. No por falta de ganas.

> empastillado de 60.000 *techno-headz* enloquecidos hacia Sedán, parando sólo en los parkings de las gasolineras. La noche del 10 al 11 de mayo de 1940 la 1.ª división blindada engullía 20.000 anfetetas, justo antes de reducir a cascotes la Línea Maginot y provocar que los belgas se hiciesen popó encima. Lo que vino después sería para partirse de risa si no hubiese muerto tanta gente: el *generaloberst* Heinz Guderian, inventor de la guerra *blitz*, era un Shaun Ryder con vehículo semiruga quien (pasadísimo) empezó a avanzar más rápido que las órdenes de Hitler, rozando el desacato, sin detenerse durante cuatro días seguidos. Erwin Rommel, *el zorro de cristal*, era otro ferviente consumidor de meta que “no olía el peligro” (síntoma típico) y quien, al igual que Guderian, avanzó desestimando todas las preconcepciones de la guerra tradicional, a ratos incluso atropellando con su 7.ª División Blindada a divisiones alemanas más lentas, como un conductor enfarlopado al llegar al peaje de La Roca, en la AP7.

El gran misterio de Dunquerque (¿por qué la Wehrmacht detuvo su avance majara y permitió que los aliados evacuaran la zona?) goza hoy de una explicación plausible: Göring, loco y opiómano, convenció a Hitler de que aquellos dos *drugstore cowboys* de los pánzers no podían llevarse el mérito, y que convenía culminar la ofensiva occidental con una victoria aérea (que sólo tenía sentido en su deslavazada mente de *crackhead*). Göring, que decía que “controlaba” pero ya hacía tiempo que había pasado el Rubicón yonqui, metió la pata y Alemania perdió su única oportunidad de vencer. Desde ahí fue todo descenso, como en la peor resaca de éxtasis de la historia, por mucho que esta Máquina Total nacionalsocialista continuase experimentando con cócteles de fármacos para submarinos de bolsillo u operaciones aéreas. Como el famoso D-IX, un *speedball* de tal potencia (5 mg de oxicodona, 5 de cocaína y 3 de metanfetamina) que producía “parálisis paulatina del sistema nervioso central” y obstaculizaba más que contribuía al esfuerzo de guerra.

El paciente A.: No-pares-sigue-sigue

Hoy sabemos que el destino del pueblo alemán estuvo durante casi quince años en las manos de un mostrenco que iba más puesto que Peter Tosh el día de la independencia de Jamaica. La culpa de todo ello, leemos, fue del doctor Morell, un tío repugnante incluso para estándares del Reich, donde la competición sarnosa era dura. Definido como “curandero” tiralevitas, incapaz, pomposo (la SS le prohibió que vistiera de uniforme, tras ver que el medicucho se paseaba por ahí con un *machihembrado* de fantasía castrense), cobarde y pesetero (“su único Dios era la riqueza”), Morell se había hecho famoso en el *demi-*

monde berlinés por sanar enfermedades venéreas, y entró en contacto con el *Führer* tras tratarle a Heinrich Hoffman, reportero gráfico del NSDAP, una “enfermedad delicada” (gonorrea). Cuando Hoffman, agradecido y con el pene en estado de revista, invitó a Morell a una cena en su palacete, allí estaba el mismísimo caudillo. Hitler, ávido de una cura para sus “flatulencias atroces” (sic), secuestró a aquel matasanos “de hablar poco articulado y con las costumbres higiénicas de un cerdo” (Trevor-Roper *dixit*) para su residencia alpina. Desde entonces y hasta la muerte

La invasión de Polonia se cimentó en el mismo tipo de sustancia que la ruta del bakalao, la metanfetamina

Hacia finales de 1944, Hitler sólo era capaz de funcionar si se drogaba, de lo contrario era una “espantosa piltrafa”

del dictador, aquella figura “mofletuda”, con “nariz de patata” y “sudor constante” sería inseparable de Hitler, en una simbiosis que tenía trazas de posesión infernal.

Las consignas eran: eliminación inmediata de los síntomas del “Paciente A.”, como llamaba Morell a su cliente, y “restablecimiento inmediato” del jefe de Estado. Un plan ideal para Morell, quien en todo caso no hubiese sabido tratar a su paciente de un modo hipocrático, y quien empezó a utilizar una política de polipragmasia salvaje y bufet libre de jeringazos. Morell acompañó a Hitler a la Guarida del Lobo cuando empezó la ofensiva oriental en 1941 y el líder sufría un ataque de cagarrinas, y aplicó sus inyecciones. En 1943, cuando el paciente A. padecía un terrible estreñimiento, aplicó nuevas inyecciones. La célebre anotación “inyección como siempre” aparece a diario en los cuadernos de Morell desde verano de 1943.

¿Qué había en aquellas jeringas? Las 28 drogas que mencionaban los viejos biógrafos y un notable hallazgo: Eukodal (oxicodona). Un opioide tumba-mulas que doblaba en efecto analgésico a la morfina y cuya sensación de bienestar tóxico era muy superior al de la heroína. Y no dejaba KO.

Ahora entendemos por qué a finales de 1943, y pese a los constantes reveses del ejército alemán en la campaña rusa, Hitler estaba tan risueño, hablaba durante tres horas seguidas y dormía dos: iba igual de *enchufado* que Jim Morrison en su ocaso parisino. Eso también explica por qué tras el atentado que casi acaba con él en julio de 1944 Hitler

La iniciación al LSD en los años sesenta en California era celebrada como una fiesta. Debajo, portada de la revista 'Life' sobre el tema

FOTOS: GETTY